

¿Quién le teme a la Literatura?

Mayra Santos-Febres, Ph. D.
Catedrática
Departamento de Estudios Hispánicos
Universidad de Puerto Rico

Miedo a los libros

(My status #1)

Antes de convertirme en escritora, fui (como tantas otras de mi especie) una hembra temerosa. El mundo era ancho y ajeno y yo una pequeña partícula elemental, demasiado frágil para encarar las amenazas que me acechaban. Nunca fui una chica particularmente linda. Usaba espejuelos, no era buena en deportes, no entendía (ni nunca entendí) la moda, los peinados, los grupos de aceptación social. No quería crecer para terminar casándome con un hombre de medios. De hecho, dada la familia disfuncional de la cual provenía (como tantos otros temerosos de la especie), no quería casarme jamás. Vivía en una urbanización de casas idénticas y calurosas a orillas de un mangle. Los vecinos nos protegíamos del mundo, y la mayoría de las veces, lo lográbamos, aunque el mundo insistiera en colarse en nuestro vecindario en forma de puntos de drogas, violencia doméstica, estrechez económica o alguna que otra familia de inmigrantes. En mi mundo se vivía con afinidad; con conformidad. Quizás, si lo hubiese intentado, hasta hubiese podido ser feliz.

Era una chica temerosa, pero curiosa, a quien que no le gustaba su mundo. Lo agradecía, pero no le gustaba. No del todo. Sabía que detrás de los mangles, más allá de la ruta pública del autobús A5, los centros comerciales, el colegio de monjas y los clubes de Toyotas, existía más mundo. Cosas inimaginables y misteriosas. Quería cono-

cer ese otro mundo. Los únicos medios con los que contaba para verlo en aquellos momentos, eran los libros.

Se me daban bien los libros. Me gustaba su manera callada de abrir misterios ante mis ojos, la forma en que desaparecían los gritos, las peleas, la rabia contenida, el miedo contenido de la calle. Todo desaparecía entre aquellas páginas. Y aparecía otro lugar; más ordenado, más comprensible y acogedor, más aventurero y lleno de posibilidades. En los libros encontré una forma de relacionarme con ese otro mundo que yo sospechaba que existía.

Los libros también se convirtieron en conversaciones sostenidas. Comencé a contestar las palabras que me venían desde lejos, que atravesaban fronteras lingüísticas de tiempo y espacio con que los libros lograban contarme historias, proveerme de experiencias, alimentar mi imaginación. Así descubrí que no tan sólo me gustaban los libros, sino que tenía una particular sensibilidad para entender para qué servían las palabras. Las palabras que leía causaban ecos en mi mente. Despertaban, en el fondo, otras palabras. Palabras diferentes a las que transmiten información, establecen comunicación, transfieren conocimientos. Estas otras palabras eran traductoras de experiencias. Nutrían un particular –sensibilidad–.

Muchos años después me di cuenta de que la experiencia de leer me abría hacia una «experiencia» con las palabras ese espacio parecida a la que Virginia Woolf llamó “a sensibility”, a “queer individuality” en sus diarios de escritora mientras intentaba definir su manera de relacionarse con el lenguaje creativo. Luego aprendí que los filósofos anglosajones le llamaban «qualia» a eso que yo sentía mientras leía o tomaba apuntes de los ecos que despertaban mis lecturas. Existe una manera de relacionarse con las palabras que traduce «qualias» es decir, la experiencia individual y puramente subjetiva de relacionarse con lo vivo. No estoy hablando de lo vivo en general, con el «concepto» de lo vivo, sino con la experiencia íntima de estar viva en el mundo. Ese conocimiento primario que se obtiene de relacionarse con la vida. «Qualia» es el conocimiento íntimo que se produce al ver el color rojo; poder percibirlo; qué sensaciones despierta, los recuerdos que imprime en la mente, cómo transforma al ser que percibe y desde dónde percibe. «Qualia» es tocar una determinada

textura, caminar sobre arena nueva; mirar a los hombres caminar contra el sol, y desarrollar una sensibilidad (palabrera) para nombrar la experiencia.

Es decir, que, mientras leía cierto tipo de libros, me di cuenta de que la literatura usa palabras que traducen «qualia». No todas las palabras hacen esto; no toda la literatura logra utilizar el lenguaje de ese modo. Pero algunos libros logran hacerlo. Traducen «qualia». Así que mientras yo leía, allá. Perdida en la callada urbanización de clase trabajadora a orillas de la ruta de la A5, iba encontrando «qualia» y agradecía. Sin embargo, aun así, quería más. Quería traducir mi propia «qualia», contar mi propia historia, nombrar mis propias percepciones de lo vivo. No era linda, ni *cool*, ni particularmente popular. No caminaba bien en tacos, ni me gustaba el maquillaje. Y era temerosa. Pero podía contestarle a los libros. Terminar la conversación. Es decir, podía escribir y conmover; porque a fin de cuentas, eso es el uso del lenguaje literario. Es un «modo» particular en que las palabras provocan transformación, transferencia de experiencias y conocimientos relacionales inter e intrasubjetivos. Es movimiento; cambio interno en el proceso de la experiencia íntima de lo vivo mientras se usan las palabras para contarlo.

Repito la palabra; «conmover». Ella guarda relación con todo lo que significa «movimiento». Conmover es trasladar, provocar reacciones profundas. Es remover, es motor y motivo. Sin proponérmelo; mediante la escritura encontré un camino para salir de mí y de mi entorno; para moverme (a mí y a otros) de lugar.

Así fue como de hembra temerosa de mi especie me convertí en escritora.

Pero, me tocó ser escritora en una cultura que le tiene pavor a los libros. Yo también tuve esa abuela que me decía «Muchacha, no leas tanto, que te vas a volver loca». «No pienses tanto que se te enreda la cabeza», «Es mejor no saber, es mejor no decir, es mejor olvidar». No le hice caso a mi abuela. Pero, a la vez, sí. Mientras leía, agazapada en la cama en medio de la noche, o en playas, o escondida en los estantes de atrás de una biblioteca olvidada, un miedo antiguo se me fue colando por los huesos. Otra modalidad del temor. Yo también comencé a temerle a la literatura.

El sentimiento era difuso. Todavía lo es y me acompaña. Ahora, que soy más que una lectora «curiosa», que una lectora «cómplice», que me he convertido en «la escritora», el temor me habita. Recibo premios, se abren puertas de acceso a lugares que jamás me hubiera imaginado transitar. Sin embargo, la ansiedad no recede. Siento miedo, un miedo atroz a ser desenmascarada como una impostora. También temo contentarme con ser la escritora nativa, la representante de la especie, la raza, la identidad y/o el género; ocupar el pequeño puesto que me fue otorgado en la Ciudad Letrada como «representante de mi estirpe»; como «curiosidad antropológica» –Saatje Bartman–, la Venus Hotentote. «Pasen, miren a la negra letrada». Curiosidad de circo.

Por años, intenté corregir, ocultar ese sentimiento. Obviamente, el problema estribaba en mi propia inseguridad, en mi personalidad de hembra temerosa que nunca superé. Aprendí a proyectarme como una mujer fuerte, segura de sí misma. Hasta yo me convencí de que lo era. Y nada. Por las noches, agazapada entre las sábanas de mi cama, se colaba el intenso miedo a los libros; inclusive, a la misma literatura que había conseguido escribir yo, producir yo.

Entonces me dediqué a leer como una maniática. Repasé clásicos griegos y latinos, los cuentos medievales, las novelas románticas francesas, inglesas, alemanas. Me sentí mejor al ir cubriendo insuficiencias. Todavía estoy en esa tarea, que es infinita. Sé que otros escritores tienen una preparación intelectual más deficiente que la mía y sin embargo, andan por ahí, relajadísimos, sintiéndose en casa con la literatura. Pero yo no. ¿Por qué?

Arremetí nuevamente y dediqué años a obtener más difusión, más publicaciones, más traducciones; a escribir más y mejor. Combatí al miedo con trabajo. Ahí tampoco encontré la solución.

Hoy me doy cuenta de que debo sentir ese miedo, no huir de él, no justificarlo, no solucionarlo, sino sentirlo. También me doy cuenta de que, durante todos esos años, mi conciencia intentaba decirme algo. Me estaba conduciendo a hablar acerca de esta vulnerabilidad desde la intimidad y no desde las formas consabidas y respetadas que me habían convertido en La Escritora. Desde la «qualia».

Se abrió un haz de luz en el cielo y fui descubriendo cosas. Fui descubriendo algo acerca de los términos desde los cuales se lee y

se escribe literatura en mi país, en mi cultura y desde mi lugar en la especie.

Recordé las palabras de mi abuela. «No leas tanto, ¿para qué tú escribes? Te vas a morir de hambre. Te vas a volver loca». En esas palabras ancestrales mi miedo había echado raíces. Y su miedo. Y el miedo de los miedos.

Es decir, que descubrí que este temor difuso a los libros y a la literatura no era tan sólo mío.

La gente le teme a los libros y ese temor es una de las experiencias de lo vivo. Existe una corriente entera de pensamiento que condiciona la conciencia a temerle a la literatura; a pensar, a todo lo que sea visto como actividad intelectual. Pero, a la vez, la gente adoraría escribir al menos un libro antes de morir; de partir de este mundo.

La gente ama pero le teme a la literatura. Tiene miedo de que la vean con un libro «literario» en la mano, es decir, no de «ciencias duras», no de «tecnología» o de «finanzas». Les ocasiona vergüenza de que los vean leyendo y terror de algún día embrutecer sin remedio por la falta de lectura. Hay quienes, por las noches, escondidos en la penumbra, han terminado de leer (inclusive de escribir) novelas, libros de cuentos, poemarios; pero no se animan a hablar de su terrible adicción con ningún amigo, ni a competir en certámenes literarios, ni en acercarse (vade retro) a una casa editora.

¿A qué viene esta contradicción? ¿De dónde nace esta terrible disyuntiva que nos atrapa? ¿Por qué la gente le teme tanto a la literatura?

Muchos adjudicarían esta complicadísima relación al respeto. Argumentarán que la contestación es obvia. La gente le tiene miedo a los libros, a la Literatura, porque la respeta. Porque cada obra literaria representa el «algo» que ha vencido al tiempo y al espacio. Ese «algo» es un arcano; hasta cierto punto, un saber y una experiencia misteriosa. Hace «algo» a aquellos que se acercan. Los transforma.

Quiero detenerme en ese miedo, verle sus costuras y profundizar. A fin de cuentas, sigo siendo una escritora temerosa; que viene de un país temeroso; pero que quiere celebrar el acto de leer y de escribir – actos tan vitales como hacer el amor, como respirar.

Pero el miedo no nos deja abrazar del todo esta experiencia.

La literatura es peligrosa; ¿pero, por qué?

Rondemos el abismo paso a paso.

El peligro que es saber.

En las culturas judeo-cristianas el conocimiento está contenido en libros. La Biblia, el Corán, las hagiografías y los devocionarios –las Palabras de Dios, los descubrimientos de la Ciencia, los conocimientos de la especie– todo saber está contenido en libros.

Pero eso no fue así en un principio. De hecho, en un principio el saber estaba contenido en un árbol. Aquel era el árbol de la Ciencia. El guardaba en sí todos los secretos del Bien y el Mal. Quien comiera de su fruto tendría acceso a los misterios del Universo. Por eso Dios les prohibió a Adán y Eva que comieran la manzana. Porque la comieron (la culpa, ya lo sabemos, fue de Eva), nuestros pobres ancestros fueron expulsados del Paraíso. Y vieron su desnudez. Y se cubrieron sus vergüenzas. Y así fundaron la industria de la moda. Cuando sus descendientes pudieron vengarse de Dios y cortar el bendito árbol, aprendieron a hacer papel de su pulpa comprimida y comenzó la industria y la historia de los libros.

Según este mito fundacional de las culturas de Occidente, la inocencia en su estado más puro (uno que se acerca peligrosamente al retraso mental) es sinónimo de felicidad. Y la Naturaleza y la Ciencia son una sola. Germina el saber como un árbol sobre la faz de la Tierra. Pero, la codicia humana hizo que ese árbol desapareciera. Si los humanos no hubiésemos sido tan curiosos; si no hubiésemos querido tener acceso al conocimiento primario, integrado, natural y supremo, si hubiésemos obedecido las advertencias divinas; el árbol de la Ciencia aún estaría en su montecito, dándole sombra a los humanos, que aún viviríamos junto a las bestias, desnudos, sanos, salvos y bien alimentados en el Jardín del Edén.

Pero Eva tentó, Adán comió y se acabó la estadía (con todos los gastos pagos) en el Paraíso Terrenal.

Desde entonces, los seres humanos tenemos que protegernos de los embates de la Naturaleza, trabajar por nuestra comida y sufrir grandes dolores cuando parimos. El nacimiento de la Cultura se narra en Occidente como una caída del Paraíso. Para detener esta caída, debemos buscar la manera de regresar a la «inocencia» primera.

Debemos pedir perdón, reconocer que el conocimiento verdadero es secreto, solo accesible y manejable por Dios y dejarnos llevar de su mano. Es decir, que, según los mitos fundacionales de las culturas judeocristianas, sólo es feliz el que no sabe. Sólo es feliz aquel que le da la espalda al opaco mundo lleno de signos indescifrables y vuelve a confiar en Dios para que lo guíe y lo resguarde de sí mismo.

Nos hemos inventado un Dios para depositar en Él el saber y librarnos de su peligrosa seducción.

Para proteger esta inocencia primera, nosotros, los descendientes de Adán y Eva, nos hemos inventado todo tipo de métodos protectores de la estulticia: desde el *Index Librorum Prohibitorum*¹, (1559, actualizado en 1952) –la lista de libros prohibidos por el Vaticano–, hasta la Inquisición que orquestó el juicio y condena a Galileo, el Código Negro², que prescribía 25 latigazos a todo negro –esclavo o liberto– a quien se le encontrara papel, lápiz o material escrito, la quema de libros durante el periodo nazi, los juicios a intelectuales, actores y letrados durante el MacCarthismo, la encarcelación de intelectuales durante el fascismo y durante la revolución cubana (por nombrar una cercana), el carpeteo de líderes revolucionarios en la isla donde vivo y de todo aquel a quien se le encontrara «material subversivo» (es decir, material impreso, escrito por Marx, Lenin, Rosa Luxemburgo). También, por ese temor imperó y sigue imperando la «recomendación» por parte de evangelistas de que la Biblia sea el único libro a consultar por devotos y gente decente. Todos los años, asociaciones tales como la Asociación Americana de Bibliotecas y otras instituciones educativas siguen publicando listas de libros prohibidos.

Leer despierta el hambre por conocer. Esto siempre es peligroso. El mito de Adán y Eva fundamenta la concepción del Conocimiento como amenaza. Esa misma concepción alimentó a Cervantes al escribir el Quijote³. A fin de cuentas, fue la lectura descontrolada de novelas de caballería la que causó la locura de Alonso Quijano. *El*

¹ www.cvm.qc.ca/.../Index%20Librorum%20Prohibitorum-1948.htm

² *Gaceta del Gobierno de Puerto Rico*.-Núm 67.-Junio 3 de 1848.

³ generation.feedbooks.com/book/3236.pdf

*Fausto*⁴ de Goethe vuelve a narrar el mismo mito; advierte contra el peligro que conlleva la persecución del saber. *Frankenstein*⁵ de Mary Shelley narra la misma historia. Peor aún, la narra por partida doble. Si bien Dr. Frankenstein viola el decreto divino de no acercarse al Conocimiento ni a la Ciencia Suprema, lo que realmente convierte a su criatura en un monstruo es el haberse acercado al lenguaje y a los libros. Solo, comiendo bayas en el bosque, el monstruo no era peligroso para nadie. Fue cuando aprendió a leer y a hablar (escondido en el granero de una familia de leñadores) cuando tramó su venganza. Mary Shelley entra en la mente del monstruo letrado y nos muestra sus más oscuras meditaciones. Una vez el Prometeo Moderno aprende a hablar y a leer, llega a la siguiente conclusión: «mientras más leía, más quería parecerme a ellos»; a los humanos. El querer parecerse a los humanos lo lleva a atacar a todos los seres queridos del creador que le dio la espalda. He ahí la paradoja del saber. Frankenstein quiso hacer un ser a su imagen y semejanza. Violó el *dictum* divino y «copió» los secretos de la vida. Pero al acercarse a dichos saberes se convirtió en un monstruo. Se apartó de sus seres queridos. Se encerró en su cuartucho, desecró tumbas, jugó con cadáveres. Por eso, el ser que pudo crear reflejó lo monstruoso de su yo interno. Conclusión: La cultura nos vuelve monstruos. El saber nos convierte en incubos; en seres trastocados, infelices, antinaturales. En seres que, mientras más conocen, más quieren parecerse a su Creador.

La literatura europea está llena de advertencias contra el saber y contra los libros. Cada tanto, aparece una novela, un ensayo, una película (*Solaris* o *The Matrix*, por ejemplo) que advierte contra el terror que siente la raza humana de sus propios pensamientos y de sus propias creaciones intelectuales. El saber es peligroso porque no reconoce fronteras en su pasión por sí mismo. Por saber más.

Ergo, para la raza humana y para su inconsciente colectivo, leer, conocer, pensar, es acercarse a lo prohibido, a lo proscrito, a lo peligroso, siempre.

⁴ www.bibliotecagratis.com/pdf/fausto_goethe.pdf

⁵ www.quedelibros.com/libro/13288/Frankenstein.html - España

Muchos argumentan que toda esta historia, a fin de cuentas, tiene que ver con el control. Quien controla el conocimiento, la circulación de la información y del saber, controla a los pueblos a quienes, en lo más profundo de su ser, desconfía y teme. Por ello, el controlador (llámese Herodes, Stalin, Hitler, Mao, Mac Carthy o Dios) tiene que consolidar su poder hegemónico sobre los demás. Tiene que instaurar en la mente de cada ciudadano un policía propio, que desde adentro controle sus esperanzas y deseos; que los convenza a cumplir la regla, las prohibiciones y conformarse con el *statu quo*. De ahí nace el miedo a los libros.

Los controladores cierran librerías, prohíben la discusión de textos en escuelas y universidades, queman obras, pero no pueden controlar de manera absoluta la pasión por el conocimiento. No se puede detener a estos seres inconformes, trastocados, que insisten en imaginarse al mundo de otra manera; en cuestionar los límites de lo posible. Siempre ha existido la advertencia contra el conocimiento, pero de igual manera siempre han existido historias que narran cómo los inconformes seres humanos logran violar los límites impuestos por los controladores del Saber. Perseguidos por sus ideas y conocimientos, múltiples y rebeldes pensadores logran que sus palabras se propaguen entre múltiples y rebeldes lectores. Estos, a su vez, se conviertan en depositarios y propagadores de más saber. Ray Bradbury no tuvo que imaginarse un mundo tan fantástico cuando en el 1953, plena era del Mac Cartismo, escribió su célebre novela de ciencia ficción acerca de la quema de los libros, *Fahrenheit 451*.

El miedo a los libros es la manera más sencilla de controlar la imaginación y los deseos de cambio de un país, de una cultura, de la especie humana. Pero, por alguna razón, los libros y el conocimiento siempre han ganado esa batalla.

Sin embargo, todo hay que decirlo, el miedo no siempre es malo. De hecho, es necesario para la supervivencia de la especie. Es nuestro sistema de alarma que nos advierte de las amenazas. El filósofo alemán Ulrich Hommes lo define como “la expresión de la limitación y del carácter efímero; pero también es la expresión de la esperanza y del deseo”. Con razón, Franz Kafka, el gran escritor del tema del miedo (recordemos *La*

*metamorfosis*⁶ de Gregorio Samsa, cuyo terror a enfrentarse a su familia lo transforma en un improbable insecto) le escribe en una carta a su prometida Milena: «No obstante, quizás este miedo no sea sólo miedo; sino también el anhelo de algo más que todo lo atemorizante».

Todos los que vivimos en este mundo sabemos lo que es el miedo primordial. Bueno, quizás algunos conocemos este miedo más que otros. Las hembras temerosas, por ejemplo, lo vivimos de cerca. Los pueblos esclavos, colonizados, marginales, también. La gente «de raza» lo lleva sobre la piel. Esos miedos a los que me refiero han sido explorados por incontables autores. Los explora, por ejemplo, Clarice Lispector en su hermoso cuento «La mujer más pequeña del mundo»⁷. El cuento narra la historia de una pequeña mujer pigmea, la más pequeña del mundo. Un gran explorador alemán la descubre, la fotografía. La noticia recorre el planeta. Al fin, la Ciencia ha descubierto a la mujer más pequeña del mundo. Todos la admiran y sueñan con ella. Uno la quiere salvar, otro la desea ferozmente, otro la quiere como mascota. El explorador alemán se maravilla ante ese portento de la Naturaleza. Sin embargo, frente a la mirada de la Ciencia, la mujer más pequeña del mundo se echa a reír descaradamente. Clarice narra: «Estaba riéndose, cálida. Pequeña Flor estaba gozando de la vida. La propia cosa rara estaba sintiendo la inefable sensación de no haber sido comida todavía»⁸.

La risa derrumba al hombre de Ciencia, lo tira al piso. Pequeña Flor destruye todo el mundo en el que cree el explorador de tan solo una carcajada.

Ante la Cultura, la risa primordial. Ante la Ciencia, el conocimiento primario de saberse vivo. El miedo hace que la Mujer Más Pequeña del Mundo observe al Hombre de Ciencia a distancia, con cautela y que luego, cuando se sabe libre de las garras del tigre, ría en su cara porque sabe que, al menos por hoy, salió ilesa. Que ha conseguido escapar de la Devoración.

⁶ www.ciudadseva.com/textos/cuentos/euro/kafka/metamor.htm

⁷ En el libro de cuentos *Lazos de familia*, Clarice Lispector, Barcelona: Montesinos, 1960. pp 73-92.

⁸ P. 79.

¿Podrá ser este cuento de Clarice Lispector otra rescritura del mito de Adán y Eva? Sí y no. Quizás es una reescritura, pero desde otra coordenada.

Pequeña Flor, la Mujer más Pequeña del Mundo es una pigmea africana. Simboliza lo primitivo, ya no desde su aspecto originario, natural, sino lo Primitivo producido por la Cultura de Occidente y sus discursos de la Ciencia, la Razón y el Poder. Este dato lo cambia todo. Convierte a la risa demoledora de esa pequeñísima mujer en espejo de todos los miedos y de todas las perversiones del Mundo Civilizado. Pero volvamos al miedo.

Sabemos que el miedo es propio de la especie, que viene de cuando éramos presa, alimento para otros depredadores. Ese miedo es lo que activa la adrenalina que nos permite estar alertas, reaccionar al peligro, salvar el pellejo. Pero a medida que salimos del estado salvaje, nómada, y nos fuimos convirtiendo en seres sociales, el miedo se hizo mayor; más difuso. Ya no era el terror inspirado por los colmillos del tigre. Se convirtió en el miedo a todo.

El sociólogo alemán Ulrich Beck comenta este miedo en su ensayo *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*⁹. Dice que a partir de Chernobill y la caída del muro de Berlín, se observa que el miedo en la sociedad «civilizada» se ha transferido de la amenaza de la aniquilación atómica y de la guerra; es decir, del predio de lo nacional y de los conflictos producidos por el Hombre; a los miedos «ambientales» y globales provocados por cataclismos, accidentes, tsunamis, y epidemias como la del SIDA. También argumenta que el riesgo proviene de fuerzas incontrolables y «locales», como el terrorismo, la violencia «transpolítica» ocasionada por factores tan aleatorios como la criminalidad, los choques interétnicos, la migración y el narcotráfico. Ya el Estado-nación o el individuo moderno y su sentido de «auto-suficiencia» y «control de si» no puede enfrentar estos problemas. Es por ello que ahora existe en la sociedad una ansiedad difusa, poco localizable que no permite creer en el *dictum* de que la Modernidad y la Ciencia domarán a la Naturaleza. Ya no podemos comernos el

⁹ Ulrich Beck. *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, 2006, 375pp.

cuento de que la Razón, la Moral y el Estado pueden combatir lo que nos acecha; que es cuestión de encontrar la cura para todas las enfermedades, educar al pueblo, asegurar los servicios básicos de una población, fomentar la libre competencia o la socialización de todos los bienes de un pueblo y convertir a todos los seres humanos en entes racionales, trabajadores productivos y ciudadanos cultos e informados.

Pero este miedo del que habla Ulrich Beck, ¿tiene que ver con el miedo a los libros?

Me voy a atrever a esbozar una idea.

Ahora que la información global es tan accesible y que aparentemente impera una desregularización del saber y del conocimiento, nuestro miedo a los libros ha adquirido un nuevo matiz. Quizás no sintamos más miedo que antes, pero cierto es que ha aumentado la ansiedad de leer y conocer. Por un lado, ha aumentado el acceso al saber. Por otro, el Conocimiento –con C mayúscula– se ha convertido en inabarcable. Ha sido sustituido por la necesidad de información.

La información es data. Es rauda, veloz, sustituible. Es también fragmentaria. Da la sensación de que estás informado de lo que pasa en tu mundo –este mundo global y glocal, mundo en red. Pero, al mismo tiempo, no entiendes nada.

El problema es que todos esos datos no configuran un todo; ni tampoco guían una «experiencia». Es decir, que la data llega sin contexto que cree un mapa del mundo, una manera de entenderlo. Llegan sin «qualia».

Cierto es que ya no aspiramos a un Conocimiento unitario y totalizador. La postmodernidad nos ha convencido de que la única manera de ver el mundo es de manera fragmentaria, segmentarizada, especializada. Sin embargo, las expectativas y la necesidad de ver «un orden», de obtener «una explicación»: siguen siendo necesarias.

Ya no basta con saberse al dedillo y haberse leído los clásicos de la Literatura Nacional o de la Cultura Occidental –conocer las grandes obras de la ópera, los escritos de los padres del pensamiento moderno y reconocer las 100 mejores obras de la pintura occidental. Ahora debemos estar «familiarizados» con cánones diversos –literatura de mujeres, gay, literatura y medio ambiente, literatura del medio orien-

te, filosofía budista, física cuántica, teoría del caos, misticismo sufí, la Kabala. Sin embargo, los contextos para comprender toda esta información permanecen difusos, fragmentados. ¿Cómo organizar todas esas lecturas? ¿Desde qué experiencias de lo íntimo? ¿Qué se supone ganemos al leerlas? ¿Pertener a una sociedad libre al fin de las taras de lo primitivo? ¿Pertener a la elite de los ilustrados? ¿Tener una visión de mundo; una sola? ¿Es eso posible?

La necesidad de «orden» que subyace las intenciones de todo aquel que quiere «cultivarse», convertirse en un individuo «ilustrado», «culto», «leído», no puede con tanta información fragmentada. El fracaso de la Modernidad es también el fracaso de sus sistemas totalizadores y organizadores; de sus sistemas de «prioridad» en lo referente a qué es importante y qué no –qué culturas, saberes, historias son «trascendentales» y cuales son despachables. Ahora todo parece importante e interconectado. Todo. Las revoluciones en Libia, las elecciones en España, el problema de reactores nucleares afectados por el terremoto en Tokio, la erosión de la capa de ozono y la deforestación del Brasil, todo puede afectar mi vida material como ser de este planeta. Y esto crea una terrible ansiedad.

¿Qué tal si los demás se dan cuenta de que, por más que leo, no entiendo nada? ¿Qué tal si ya no poseo los métodos para poder identificar los peligros que me acechan? ¿Qué tal si me atrevo a decir un día que hay algo que no funciona, algo que no logra integrar esos conocimientos tan difusos en un «entendimiento» de lo real?

Quizás por eso, en el fondo, ansiamos a comportarnos como la Mujer más pequeña del Mundo o como la masa que retrata la película «Metrópolis» de Fritz Lang; pero ahora con una pequeña variable introducida. Ahora la razón del embrutecimiento no es el primitivismo ni el trabajo, no es la enajenación que desconecta al obrero de la producción de la riqueza, ni el aislamiento en una selva africana. Ahora, para muchedumbres alfabetizadas y con acceso a libros y al Internet, dicha enajenación la produce el mismo consumo de información.

Pero «pensar» sigue siendo lo temible. Conmoverse sigue siendo lo temible porque «transforma».

El pensamiento es la prueba irrefutable de que se ha abandonado la inocencia primera, o la complacencia con lo informático. *Take your*

pick. El pensamiento es la prueba irrefutable de que ansiamos un modelo de realidad. Muchos modelos de realidad. Uno que nos lleve a sentir la realidad.

¿Para qué sirve la literatura?

Cuenta la historia que un reportero le preguntó una vez al gran José Saramago para qué servía la literatura. El premio Nobel le contestó «La literatura no sirve para nada». Y dio gracias al Creador, (bueno, no precisamente al creador, porque Saramago era ateo, pero a algo le dio las gracias) porque en este mundo tan utilitario existiera algo que no tuviera un fin práctico.

La pregunta del reportero no era particularmente sabia. Tampoco la respuesta del Nobel. De hecho, me entero por otros libros que un célebre autor norteamericano, otro superfamoso escritor belga y Saramago coinciden en la idea de que la literatura no tiene un fin determinado, práctico; concreto. Jorge Volpi estudia el dato. El mexicano, que se empeña en ir en contra de todos los discursos aceptados por la especie, insiste en el fin práctico de la literatura. En su libro de ensayos, *Leer la mente*¹⁰, Volpi afirma que, según los más recientes descubrimientos en neurobiología y ciencias del conocimiento, es imposible que la literatura haya sobrevivido tanto tiempo como práctica de la especie sin que sirva para algo. Todas las acciones de los humanos sirven a la especie –es decir, sirven al propósito primordial de la especie, que es sobrevivir y evolucionar. De hecho, Volpi afirma que la literatura, que el acto mismo de leer, en realidad es lo que nos hace seres humanos.

Volpi se remite al libro de Merlin Donald *A Mind So Rare. The Evolution of Human Consciousness*¹¹ para explicar que un primer estado de la conciencia humana consiste en hacerse de un modelo del mundo. Esa habilidad la tienen hasta los mosquitos, lo cual les permite poder esquivar puertas, manoplazos y alcanzar el succulento capilar lleno de sangre. Luego, la segunda habilidad desarrollada consiste

¹⁰ Jorge Volpi. *Leer la mente*. Madrid: Alfaguara, 2011. 168pp.

¹¹ Merlin Donald. *A Mind So Rare. The Evolution of Human Consciousness*. New York: Norton Paperbacks, 2002, 365pp.

en percibir objetos y situaciones complejas –habilidad que los humanos compartimos con otros seres vertebrados. Después viene la «autonomía mental del ambiente» gracias al desarrollo de la memoria a corto plazo, que permite revivir un acto en vez de reaccionar inmediatamente a estímulos que nos rodean. Le sigue el desarrollo de la inteligencia social, que al parecer sólo tenemos los humanos y probablemente las ballenas y los delfines, que nos lleva a asumir que los demás individuos de nuestra especie esconden una vida interior igual a la nuestra. Por último se desarrolla la «imaginación simbólica» que es la capacidad de poder vivir desde una mente que está formada no sólo por neuronas y moléculas que la componen, sino por las ideas y símbolos que esa mente produce.

Roger Bartra bautiza como «exocerebro» en su libro *La antropología del cerebro* esta capacidad humana de la imaginación simbólica.

Es decir, que la conciencia está también configurada por toda una serie de símbolos, ideas, mitologías y literatura –sobre todo si entendemos literatura como los mitos de nuestra era moderna; así la definía Lacan. Todo lo imaginado configura a la mente. La «hace», es parte de su materia. Es por ello que leer (es decir, hacer propias las palabras generadas por otra conciencia, acceder a un sistema de símbolos que amplía el propio mediante un recuento de memorias y vivencias que se vuelven parte de las propias) configura no solo las maneras que tenemos de pensar sino que organiza a la mente misma.

Cuando leo literatura (no información, no datos, sino literatura – es decir, textos que parten de la conciencia de otro ser de mi especie para reconfigurar la mía) mi mente guarda los recuerdos de Emma Bovary como si fueran propios (Madame Bovary c'est moi). Revive las ocurrencias de Jim al escaparse de la Isla del Tesoro, examina y sufre los retortijones de culpa y las interminables justificaciones que llevaron al crimen al estudiante Razkolnikov. Así trabaja la mente, imitando otras vidas, almacenando memorias propias y ajenas, aprendiendo del juego que es la vida y del otro juego que es el simulacro de vivir que nos presenta la literatura. Es una manera de ser (no de hablar de o con) los demás. De tener una misma conciencia conectada al todo (o a buena parte del Todo de la especie).

Pero este sueño de la conexión a la conciencia colectiva ¿es real?

En el libro *Una historia de la lectura*¹², el escritor argentino Alberto Manguel dice que los seres humanos somos entes que leen. Leer es, en su sentido más básico, interpretar signos. Lee el pescador cuando introduce la mano en el agua y siente la fuerza de las corrientes. Lee el astrónomo las estrellas y el astrólogo lee nuestro futuro en ellas. Lee el adivino mirando las vísceras del cordero sacrificado. Leen las mujeres su propio cuerpo para saber si es tiempo para la vendimia. Leemos el clima, los gestos, las palabras. Leemos para ubicarnos en el mundo; para protegernos de él y también para ordenar nuestros actos.

Pero entonces, dirán los más incrédulos, ¿si existen tantos tipos de lectura y por ende, tantas maneras de obtener información y conocimiento, ¿por qué leer libros? Por una sola razón, única e irremplazable. Al leer, accedemos a muchas lecturas a través de ojos distintos a los nuestros. Accedemos a miles de experiencias a través de sentidos y circunstancias que nos exceden, que nos amplifican. Leer es como vivir la vida de otro por un instante y verlo descifrando los signos del mundo que lo rodea. Leer es acceder a la experiencia del otro –sea reportero de guerra, poeta de la corte del rey Luis XV, sabio y astrónomo de Chilam Balam, escritora lesbiana de entreguerras en París o monja mística del barroco mexicano. Leer es una especie de transmigración. Quien lee puede ser Otro, aprender modelos y patrones a través de los ojos de los demás compañeros de especie. Es acceder a otros tipos de conciencia. Es decir, que quien lee accede a mayores modelos y versiones del mundo que quien no lee; conoce mejor su entorno, sobrevive mejor ya que puede echar mano a herramientas más diversas para encarar los problemas (de supervivencia) que se le presentan. Y siente más que los demás. Perdón, pero es cierto. La lectura crea complicitad. Educa un tipo de sensibilidad y la va llevando al desarrollo de “a queer individuality”.

Pero entonces, se presenta el consabido dilema. Aflora el gran problema y la gran promesa que es leer. Para que el acto de la lectura funcione y se complete, debe haber curiosidad. Debe existir un lector curioso, como el que pedía Cortázar, un lector cómplice. Los libros

¹² Alberto Manguel. *Historia de la lectura*. Barcelona: Emecé Editores, 2005, 373 pp.

sólo funcionan entre gente curiosa, no entre la gente miedosa. Sólo florecen entre individuos y culturas que no están del todo satisfechas con su mundo, con sus experiencias; con los placeres fáciles que conoce y que tiene a mano y que se atreven a desear otra cosa, a buscar algo más. Leer es para inconformes; para gente que sabe, o más bien, que intuye que hay algo más que la mera experiencia «personal» o «aceptada». Leer es para gente que quiere pertenecer a un mundo más grande del que conoce. Y que no le teme del todo a lo desconocido.

Pero, ¿para qué pertenecer a un mundo más grande que el propio? ¿Acaso no es suficiente verlo por televisión, por internet?

En el ensayo *Ante el dolor de los demás*¹³, la escritora judía Susan Sontag revela una de las verdades más potentes de nuestra era: Ver no es lo mismo que vivir. Parece lo mismo, pero no lo es. El «ver» (o, para los efectos de este ensayo, el consumir; para decirlo en posmoderno avanzado) supone una distancia que aleja al «observante» del acto observado. No es lo mismo obtener información a través de la tv o del internet de los bombardeos en la franja de Gaza que vivir allí, esperando que una bomba te vuele en pedazos. No es lo mismo leer que vivir, tampoco; pero muchísimo menos es lo mismo leer información (144 caracteres de twitter, por ejemplo) que leer literatura. Por algo Stalin dijo: «Una muerte es una tragedia, 100,000 muertos es una estadística». Es decir, cuando un evento le revuelca la conciencia a alguien, se convierte en real. Cuando un evento no pasa de ser un dato, pasa a formar parte «objetiva» del conocimiento. Se convierte en información; pero no conmueve. No logra traducir el «qualia»; la experiencia de estar vivo y de interactuar con lo real.

Los libros (sobre todo los literarios) no esparcen información, ni juegan a la objetividad. Antes, hacen desaparecer la imagen o el número; ese que comunica los hechos puros, sin ninguna mediación de la conciencia. Con esto, la literatura busca hacer lo contrario a informar. Deposita al lector en la Conciencia de otras gentes y de otros pueblos. Hace que la reviva, utilizando experiencias propias para poder comprender las experiencias ajenas. Es decir, que la experiencia

¹³ Susan Sontag. *Ante el dolor de los demás*. Madrid, España: Alfaguara, 2003.

narrada literariamente (que es diferente al consumo informático de datos) no es otra cosa que una trampa, una forma de llevar al lector fuera de sí para que vuelva dentro de sí; en un viaje de ida y vuelta para llegar a sí mismo; o más bien, a un yo cambiado. Ya lo dije antes: leer es una especie de transmigración.

El escritor uruguayo Juan Carlos Onetti decía que «la literatura es una forma de mentir bien la verdad». Por años estuve dándole vueltas a la paradoja de Onetti, hasta que, di con la respuesta, escribiendo este libro de ensayos. La literatura es una forma de mentir bien la verdad porque lo que hacen los escritores (y los lectores) es cancelar la mentira que es la ficción mediante la identificación. En inglés se explica mejor. Existe un “suspension of disbelief”, un tipo de acuerdo tácito entre lector y libro cuando se lee. Uno sabe que está leyendo una mentira, pero desplaza ese conocimiento para adentrarse en el mundo que describe la novela o el cuento, caminarlo, poderlo «aprehender», ponerse en los zapatos del protagonista. De esa manera lo vivimos. Sólo si el libro está bien escrito, sólo si la «mentira» que es la novela o el cuento está bien construida, logra no recordarnos que es mentira; que se acerca intensamente a la realidad. A la verdad de esa realidad.

Es como una especie de amor.

Todos los libros son un simulacro de la realidad. Pero, y eso lo sabemos; todo lo que vivimos es un simulacro de la realidad. O, como argumentaría Manguel, para vivir, debemos leer la realidad. Interpretarla. La realidad, al menos para los seres humanos, no existe sin una interpretación, es decir, sin la reconstrucción de la experiencia que es enfrentarla. Vivimos en un mundo al cual sólo tenemos acceso a través de nuestra mente y sus «lecturas» del entorno.

Por ello, es verdad lo que argumentaba Octavio Paz acerca de la poesía: «Cada lector busca algo en el poema. Y no es insólito que lo encuentre: Ya lo llevaba dentro»¹⁴.

Todo está ya en el cerebro. La literatura es un estímulo para sacarlo a la superficie, para aprender nuevos modelos de armar la realidad que ya vive dentro de nosotros.

¹⁴ Octavio Paz. *El arco y la lira*. México: Fondo De Cultura, Dec 31, 2006, p. 87.

Pero sin el curioso impertinente, sin ese lector que quiere aprender cosas –hasta las que le puedan hacer daño– no ocurre el milagro de la lectura.